

tor el que no sabe hablar" (pág. 334). Es una pena que Esteban no descubriera en estos autores las posibilidades del estilo libre indirecto, de los múltiples puntos de vista o, al menos, la diferencia entre *decir* una historia y *mostrarla* a los lectores; esto es, en una palabra, el placer y la pesadilla de decir los detalles. Nada más real que la cucharita con que el Coronel raspa el tarro de café al comienzo de *El coronel no tiene quien le escriba* o, incluso, la caja de lustrabotas que vemos en la primera página de *Conversación en la catedral*, y eso que Vargas Llosa nunca la menciona:

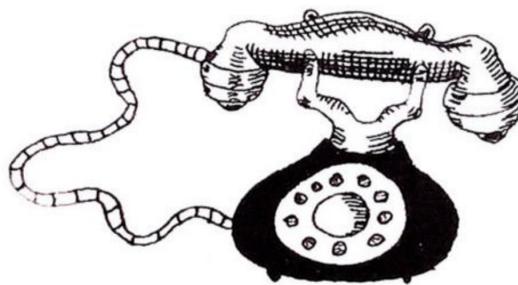
Ve una larga cola en el paradero de los colectivos a Miraflores, cruza la Plaza y ahí está Norwin, hola hermano, en una mesa del Bar Zela, siéntate Zavalita, manoseando un chilcano y haciéndose lustrar los zapatos, le invitaba un trago. No parece borracho todavía y Santiago se sienta, indica al lustrabotas que también le lustre los zapatos a él. Listo jefe, ahoritita jefe, se los dejaría como espejos, jefe.

Hay, por supuesto, cientos de detalles en *Vida feliz de un joven llamado Esteban*, pero por lo general aparecen desdibujados en el marco de su recurso narrativo más frecuente: la anécdota. ¿Qué es una anécdota? En nuestra vida diaria, las anécdotas son breves recapitulaciones del pasado que introducimos en la conversación de manera casual, a propósito de un tema del que venimos hablando, y cuyos eventos vamos refiriendo despreocupadamente, a medida que los vamos recordando, pero siempre sin perder de vista un propósito determinado: la comunicación de una lección aprendida o de la ridiculez de nuestra vida.

La *Vida feliz de un joven llamado Esteban* es una colección de anécdotas ordenadas cronológicamente según se infiere del título de los capítulos: "París, 1998", "Medellín, 1966", "Bogotá, 1971", "Roma, 1974", "Bogotá, 1975", "Madrid, 1985", "París, 1998". Fuera de este

orden no hay mucho más: cada anécdota es introducida de manera más o menos casual al lector:

- *En una ocasión, yo me encontraba muy mal del estómago...* [pág. 281]
- *Un día íbamos por la avenida Complutense, en otoño* [pág. 283]
- *Uno de esos sábados, ya bien entrados en el Johnny Walker, sonó el timbre de la puerta.* [pág. 315]



De igual modo, en las anécdotas que nos refiere Esteban hay detalles que aparecen mencionados por casualidad, por el gusto tal vez de recordarlos, pero que nada anticipan ni concluyen en la historia de la que forman parte. Así, por ejemplo, ¿por qué llevó el padre de Esteban un televisor a Italia?, ¿qué pasó con el electricista que vino a la casa de Visichú?, ¿y con el viejo que ofrecía tabaco en El Hogar del Deportista? La tesis de Gamboa, podríamos decir, es que si la vida está hecha de eventos insignificantes y de personajes que aparecen un día y desaparecen al otro sin dejar huella, la suerte de Esteban, la razón de su felicidad, está en haber convertido tantos hechos deshilvanados en anécdotas y las anécdotas en el destino de un escritor. Por ese motivo la novela comienza y termina en ese lugar común que se llama París, la ciudad de los escritores. Lo demás es aleatorio: eventos, personajes y ciudades—cinco años en Medellín, tres en Bogotá, uno en Roma—, y aun la misma historia trágica de su país que sorprende un día en un relato de su padre y otro día en el televisor encendido de una tienda de electrodomésticos y que, como suele suceder

con las anécdotas, es una historia que le llega de oídas, de leídas, sin rozarlo, sin sumergirlo en ella. Y con esta preocupación en mente, he ido esta mañana a clase y les he hablado a mis estudiantes de un Esteban que tenía cara de llamarse Esteban y que era el ahogado más hermoso del mundo y que cambió el destino de un pueblo, y también de un Esteban que tenía una hermana que se llamaba Sofía, con la cual desapareció en el vértigo del Siglo de las Luces, y de este Esteban feliz que escribe en París mientras la Historia transcurre en un televisor callejero, y los he mirado a todos en clase con la dulce intensidad de mis ojos verdes, con mis intereses creados, con la esperanza de que en un futuro remoto alguno de ellos me convierta en el protagonista de su novela.

J. EDUARDO
JARAMILLO-ZULUAGA
Universidad de Denison
jaramillo@denison.edu

Manuelita Superstar

La gloria eres tú. Manuela Sáenz rigurosamente confidencial

Silvia Miguens

Aurora, Bogotá, 2001, 255 págs.

La novela histórica corre varios riesgos: apegarse a los documentos o perderse en las fantasías. Quedar prisionera del recuento de fechas y datos o dispersarse en la lucubración arbitraria. El ejemplo más logrado es el de Marguerite Yourcenar cuando, con un emperador romano o un médico, en la transición Edad Media-Renacimiento, es capaz de darnos mundos compactos: *Memorias de Adriano* u *Opus Nigrum*.

A Manuela Sáenz, la quiteña amiga de Bolívar, la han cantado los poetas, de Pablo Neruda a Gastón Baquero. La han interpretado los historiadores, de Victor von Hagen a Germán Arciniegas. Y los nove-

listas, de Denzil Romero a Gabriel García Márquez, le han seguido con devoción los pasos. Y si bien antaño la insultaron, en nuestros días varias madres le han puesto el nombre suyo a sus hijas como el reconocimiento a una mujer libre y sin tapujos.

Pero ahora Silvia Miguens, la novelista argentina radicada en Bogotá, la muestra, con tranquila naturalidad, en el final de sus días, cuando en Paita, un puerto de pescadores en el Perú, toda la historia parece conjugarse, cristalizada en un instante decisivo. Allí es donde revive sus orígenes de hija natural de don Simón Sáenz y Vergara, “capitán de las milicias del Rey y recaudador de los diezmos del Cabilo de Quito”.

mujeres las que van a erguir de nuevo ese mundo extinto sin remedio.

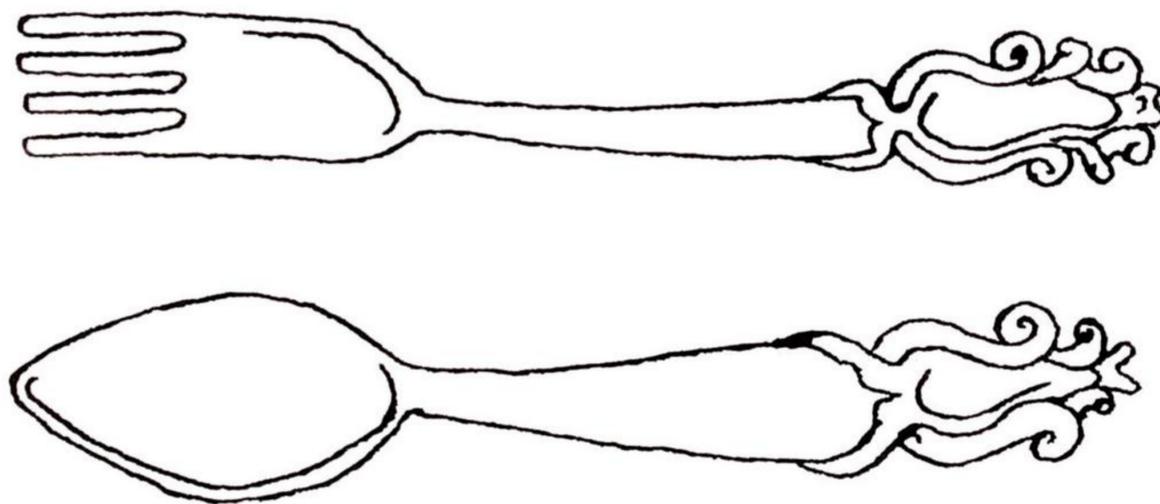
El mundo se apareció frente a mis ojos entonces como eso que era realmente, una policromía de sangre, plumas negras, ponchos azules de Castilla, el óxido de hierro de los cañones, la plata de las hojas de los sables y los cuchillos, y yo mera igual a una encarnadota que tuviese que abrillantar la realidad frotándola con una vejiga de carnero para resaltar los colores. [pág. 81]

Es en este punto donde se cruzan las trayectorias individuales con el horizonte colectivo. El Bolívar que había proclamado: “Inventamos o

Con ese tono, a la vez agudo y sensible, documental y romántico, Silvia Miguens nos ha restituido con óptica de mujer, que conoce bien la renovada tradición latinoamericana de la novela histórica, la Manuela Sáenz que nos hacía falta.

Tan exacta en la ficción como admirable en esa realidad que la acosó con sus retrasados prejuicios y su guerrilla infatigable contra el general Francisco de Paula Santander. Pero ella, honesta e íntegra, caprichosa y desmelenada, parece avanzar contra el tiempo y encarnar lo que de prometeico haría en esa gesta, que si bien cambió nuestra historia, también cambió, hasta la médula, a los muy humanos seres humanos que la llevaron a cabo.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA



Donde el célebre trío de su ama de leche y sus dos criadas la inician en esa cultura popular, indígena-africana, de ensalmos, conjuros y hechizos. Seducida por Xavier Malo y casada con el inglés James Thorne se prepara, en alguna forma, para afiliarse a la empresa de la Independencia, literalmente encarnada en su amado Simón Bolívar.

Pero la fascinante constelación de figuras que ahora giran en su órbita crepuscular —el narrador estadounidense Herman Melville; el preceptor de Bolívar, el rusioniano Simón Rodríguez; o el libertador de Italia, Garibaldi, hombres los tres que estuvieron en Paita, amplían el recuento en una desbordada extrapolación imaginativa.

También las figuras de Sucre y San Martín se unen a este cortejo añorante. Y son las voces de las

erramos” se une con la desprejuiciada mujer que se ha hecho a sí misma, en una personal escala de valores: “El general supo que el amor nace de una decisión libre. De la aceptación voluntaria de la fatalidad” (pág. 106). Para él Manuela Sáenz inventa el amor acompañándolo en la lucha, compartiendo sus zozobras, acrecentando sus odios, dándole a la vez guerra y paz, como lo atestiguan cartas de Bolívar, enfebrecidas y espléndidas, en su pasional desborde visionario.

Es sobre estos textos que la novela se sostiene, crece y se eleva, para mantener así su zigzagueante electricidad poética: “Con lo que sea general, con uñas y dientes, con mentiras, con traiciones, con intrigas y venganzas. Una mujer protege de cualquier manera la vida de aquello que ama” (pág. 134).

Las exageraciones, la intención grotesca, los comentarios agrios

Espárragos para dos leones

Alfredo Iriarte

Seix Barral, Novela Breve, 1999,
272 págs.

Alfredo Iriarte fue conocido sobre todo como colaborador del diario El Tiempo y por una serie de novelas de crónica histórica y varias obras satíricas.

Espárragos para dos leones pertenece también a este último género, se desarrolla en la república de Palumbia, en la ciudad de San Antón de Tibzaquillo, y los personajes son de la más recia estirpe. Iriarte recrea una Bogotá y un país de su imaginación y elabora una serie de personajes de recio abolengo: doña Amalasantia Ponce de Alfaneque y Manso de Jarama, esposa de don Metafrasto Esparragoza y Manso de Jarama, de cuya unión, realizada a la fuerza,